

jaime goded

cultura, política y poder

Cultura y política

1. En una sociedad dividida en clases la cultura es un fenómeno claramente enlazado con las relaciones de producción. La clase dominante asigna a la cultura, entre otras, la función de consolidar su predominio a través del poder que otorga el saber. La burguesía intenta apropiarse de las diversas actividades culturales para convertirlas, al mismo tiempo, en un signo de privilegios de clase y en un instrumento de eliminación y segregación social. Este instrumento puede ser, en diferentes momentos y circunstancias, el latín como lengua culta, las matemáticas, la novela, el teatro o la música moderna. La clase capitalista presenta siempre a la actividad cultural como algo de su exclusiva pertenencia, como un fenómeno extraño a los trabajadores y separado del resto de la sociedad. Pero ésta no es una razón válida para confundir una determinada actividad cultural con la utilización social que le es impuesta en forma coercitiva y la mayor parte de las veces mutiladora.

Así, las referencias de moda, que pretenden ser revolucionarias, a una cultura "burguesa" o a una cultura "proletaria", constituyen simplificaciones que revelan ignorancia o comprensión insuficiente de la historia y de la propia cultura. Esta actitud despectiva hacia la actividad cultural acusa ingenuamente a la escuela, a los libros, a las películas y a las piezas teatrales de haber creado las desigualdades sociales y culturales y, al mismo tiempo, exige de

manera irresponsable que la universidad, la poesía, el muralismo y la canción sean los liberadores de la clase obrera. En este sentido, los impugnadores de la cultura "burguesa" despojan al capitalismo de sus pecados para achacárselos a los pintores, a los cineastas o a los escritores. Nada más fácil que atribuir a la cultura todos los males que antaño eran imputados a los dioses.

2. La ciencia y el arte, aunque por caminos distintos y debido a su carácter esencial de explotación y observación, de creación, contribuyen a un mayor conocimiento y dominio del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza. La cultura representa, además de un saber determinado, un campo de actividades en el que se manifiesta, por diversos medios de expresión, la capacidad creativa del hombre.

Por ello, aunque la política y la cultura no cumplen idénticas funciones, es inconcebible una actividad coherente en el campo de la cultura que no desemboque necesariamente en posiciones políticas. Inclusive, para una cantidad cada día mayor de personas, la reflexión política se inicia como consecuencia del análisis de diversos problemas culturales. Sin embargo tampoco resulta legítimo hablar de la cultura como algo ajeno a las condiciones históricas que suscitan y orientan su génesis y desarrollo. Porque si bien la calificación de la cultura como "burguesa" es una expresión meramente ideológica, no puede negarse que la actividad cultural ha sido y es determinada en primer lugar, desde hace más de un siglo, por los intereses de la burguesía en casi todo el mundo. Es decir, al analizar la situación actual hay que tomar en cuenta los límites que la lógica capitalista impone al desarrollo cultural, así como también los linderos que las estructuras culturales imponen al poder del capitalismo.

3. Muchas de las recientes reivindicaciones culturales frente al poder del capital, sobre todo las estudiantiles, son ambiguas porque la situación de clase de los intelectuales también es ambigua. Cada vez es más claro que los problemas políticos planteados con mayor o menor claridad o confusión por las exigencias culturales tienen como única solución verdadera el cambio de las formas de apropiación, distribución y utilización de los conocimientos; es decir, la democratización del saber. Y esto sólo puede lograrse mediante la democratización de toda la sociedad.

Cultura y poder

1. Aunque muchas veces la cultura es anunciada, en forma ilusoria o demagógica, como una actividad dirigida a "las masas", sus receptores y beneficiarios reales en nuestra sociedad son la

clase burguesa y las capas medias, las fracciones cultas o ávidas de cultura.

Existe y se desarrolla una deliberada acumulación y multiplicación de obstáculos para impedir el acceso de la clase obrera a la cultura. En esencia, no se trata de un problema que dependa de la publicidad, de las buenas intenciones, de la incitación o la persuasión adecuadas, sino de la serie de dificultades e imposibilidades que constituyen las condiciones de vida y de trabajo de los proletarios; la fatiga, el desgaste nervioso y la carencia de enseñanza y de formación culturales. Estos problemas expresan, ante todo, los efectos de la situación objetiva de la clase obrera en una formación social capitalista, su explotación y dominación cotidianas.

2. Existe, asimismo, el problema de la abstención o el rechazo por parte de la clase obrera ante productos culturales que se presentan ajenos a su realidad, incomprensibles o desconocidos. La proporción de obreros que asisten a conciertos, museos, teatros o cine-clubs gratuitos o casi gratuitos es, de cualquier manera, muy reducida. Puede observarse fácilmente, en cualquier librería o salón de conferencias, que la proporción de las distintas clases y capas sociales en el "público" de las diversas actividades culturales es inversa a su proporción en el mundo del trabajo.

Así la apertura de la cultura en la situación actual resulta un engaño, porque el acceso no es en realidad ni libre ni voluntario.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, es indudable que grupos cada día más nutridos de trabajadores (principalmente los militantes políticos y sindicales, los autodidactas, etcétera) participan o pugnan por participar en la creación, la difusión y el consumo de productos culturales. Para muchos obreros, la actividad cultural es un elemento importante en la comprensión de la lucha económica, política e ideológica; de la lucha de clases.

El nivel alcanzado en el ciclo educativo es, sin duda, un factor que determina en gran medida la segregación cultural. Todo avance en la democratización efectiva del sistema de enseñanza-aprendizaje es un paso adelante en la democratización de la cultura y de la sociedad, porque la adquisición de conocimiento es un camino hacia la adquisición del poder. La conciencia de conocer se identifica con la conciencia de poder. Conocer es darse cuenta de que se **sabe hacer**; la cultura es siempre un poder.

3. Si lo anterior se entiende correctamente, es posible que se entienda también el origen consciente o inconsciente de los frenos y prohibiciones que muchos de los encargados de enseñar y difundir la cultura imponen a la enseñanza y a la difusión culturales; para ellos dominar la cultura es, en efecto, **dominar** la cultura. Pero, al mismo tiempo, entender esto significa comprender por qué el

dominio de la cultura por la clase obrera es una condición indispensable para la **liberación** de la cultura.

Política y cultura

1. Los problemas de la cultura adquieren creciente importancia en la sociedad mexicana actual y constituyen el campo de batalla de una clara, profunda e intensa lucha política e ideológica. Esta situación es el reflejo de los lazos cada vez más fuertes e íntimos que se crean entre la cultura y el conjunto de la vida nacional.

En México, esta unión no es algo nuevo ni reciente; las luchas políticas y sociales siempre han estado —de manera más o menos visible, concentradas o dispersas, continuas o discontinuas— relacionadas con las luchas por una cultura democrática. Nuestra historia puede analizarse también desde el punto de vista del desarrollo de una progresiva identificación entre combate por la democracia y el combate por la cultura. La Independencia, la Reforma, la Revolución y, desde entonces, todos los triunfos históricos de las fuerzas democráticas, en los que la clase obrera desempeña un papel cada día más decisivo, han significado avances en el plano cultural. Las victorias democráticas son victorias de la cultura.

A su vez, las embestidas de la reacción contra la cultura son siempre sufridas por las fuerzas de la transformación revolucionaria. Una derrota de la democracia es, al mismo tiempo, una derrota de la cultura.

2. En el fondo de muchos de los conflictos de las universidades del país se encuentran intereses de clase que se manifiestan bajo diversas apariencias, aunque por lo general prevalecen aquellas que se refieren a una posición frente a las exigencias culturales en aumento de capas sociales cada vez más extensas.

3. La ideología de la clase capitalista proclama la necesidad de la adaptación y limitación de las demandas culturales de acuerdo con los intereses económicos del sistema. Así, por ejemplo, la creación y la difusión culturales “deben” someterse al mercado de la cultura; la enseñanza “debe” ser selectiva y asegurar el reclutamiento de una élite eficaz indispensable a la dirección de los negocios; la investigación científica “debe” ser “rentable”, etcétera.

4. La concepción de las fuerzas democráticas es radicalmente distinta y se basa en la necesidad de una política cultural en beneficio de toda la sociedad, definida y establecida por ésta. En cuanto a la investigación científica y a la creación y difusión de la cultura, la concepción democrática postula la libertad y multiplicidad sin sujeciones ni obstáculos mercantiles, mediante la naciona-

lización y subvención estatal de estas actividades. Las luchas por la efectiva democratización de la enseñanza en todos sus niveles, por la educación permanente y por el libre acceso a la cultura son un componente esencial de esta concepción.

5. Durante los últimos años se observa en nuestro país un acelerado crecimiento numérico de las capas intelectuales, relacionado con el desarrollo económico y la rápida evolución de las técnicas y las ciencias. En la actualidad, la mayor parte de los intelectuales se han convertido en asalariados que no disponen más que de su saber y que venden su fuerza de trabajo a los capitalistas o al Estado. En este sentido, al ver amenazada la estabilidad de su situación económica y social, parece que los intelectuales tienden a aproximarse a la clase obrera, en especial cuando el capitalismo no puede satisfacer a todos ellos en sus condiciones de vida y de trabajo.

Además del aspecto numérico, los intelectuales desempeñan una importante función social específica en la producción (investigadores, ingenieros, técnicos) y en la vida cultural (escritores, profesores, etcétera). Pero los intelectuales no son una clase social. Su diversidad, el carácter extremadamente variable de sus situaciones, sus orígenes de clase, sus lazos y relaciones, hacen de ellos un conjunto de capas sociales heterogéneas. Sin una tradición de lucha sindical o política, priva entre los intelectuales una ideología estúpida, degradante, baja y mezquina: la ideología pequeño-burguesa, que determina en muchas ocasiones la adhesión de los intelectuales a la clase capitalista y a la identificación de sus intereses a corto plazo con los de la burguesía.

6. En todas estas formas, la lucha de clases en nuestra sociedad se expresa en los conflictos culturales de los centros de actividad educativa, científica, técnica y artística de todo el país.

La organización y extensión de las exigencias culturales demuestran que a pesar de las repetidas embestidas de la antirrazón, la balanza histórica se inclina hacia el lado de las fuerzas democráticas, en favor de la universidad, de la política y la cultura.